



CRISTIANA

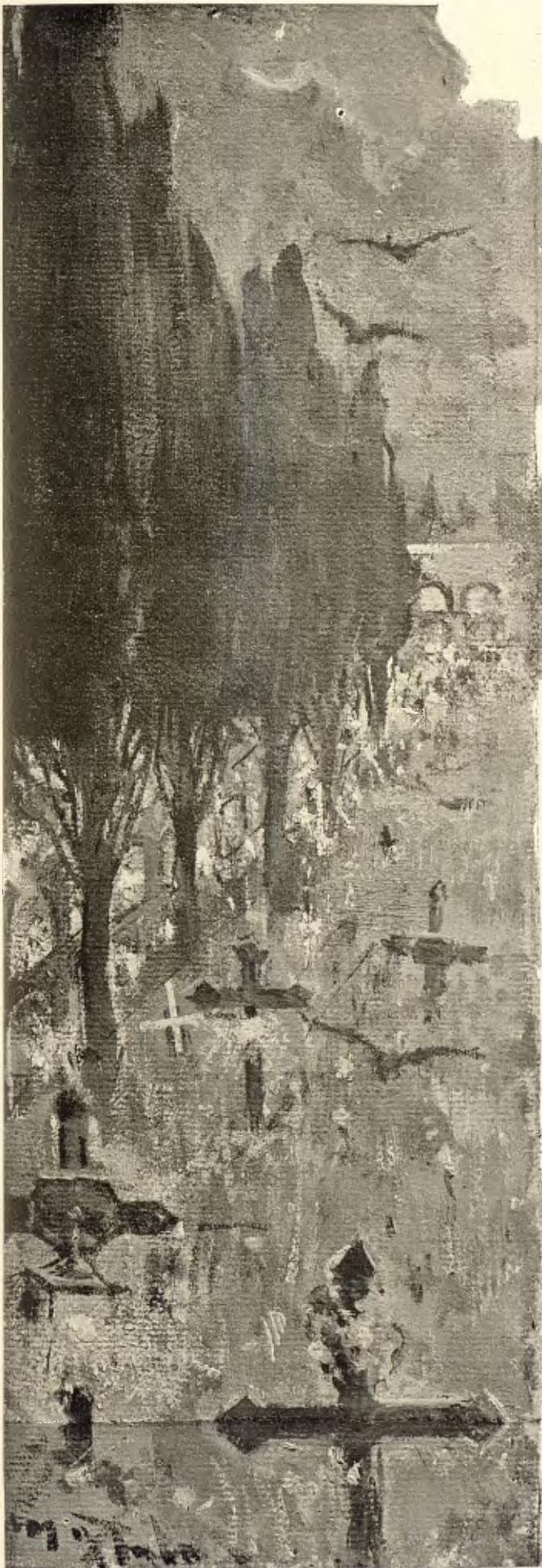


mori





LA VISITA Á LOS QUE FUERON
ENTRADA PRINCIPAL DEL CEMENTERIO ANTIGUO DE BARCELONA



NOCHE DE DIFUNTOS

Los cipreses y sauces se destacaban sombríos sobre el oscuro cielo, parecidos a inmensas pinceladas de hollín que empañasen un lienzo colosal de raso negruzco. Gigantescas y amenazadoras nubes cubrían el firmamento en toda su extensión y hacían más impenetrables las impenetrables tinieblas que la noche había esparcido en derredor del campo santo, envolviendo bosques y selvas, valles y colinas, montes y llanuras en su misterioso sudario de sombra, rasgado en aquellos momentos por los centenares de lucecitas que brillaban frente a las sepulturas.

El monótono canto del buho resonaba tristemente, mientras los cuervos, revoloteando de un lado para otro, batían el aire con los agitados movimientos de sus alas.

Una tristeza profunda parecía subyugar a la naturaleza, despojada de sus galas y perfumes por las devastadoras brisas del Otoño... De tiempo en tiempo un crujido sordo como de seda anunciaba el vuelo de una hoja,... de dos hojas,... á veces de una nube de hojarasca que se agitaba en remolino, y bajaba y subía á impulso del viento, para desaparecer más tarde entre el lodo de los barrancos, entre los baches de los caminos, entre los surcos de los campos silenciosos.

Todo dormía... Del pueblo, — cuyas casas blanqueaban entre la obscuridad y apesar de ella, — no salía un solo rayo de luz que denunciase la presencia de un ser humano... Ni cruzaba el espacio tenebroso el más ligero penacho de humo, ni el más leve rumor de pasos turbaba la inmensa quietud en que estaba sumido el suelo... Todo, todo dormía, menos los pajarracos de noche y el perro del sepulturero, cuyos aullidos resonaban á modo de gemidos profundos, anunciadores de siniestras nuevas... Todo, todo dormía: los gorriones en lo más áspero de los matorrales ó en los nidos que dejaran abandonados las garzas durante el estío; las semillas bajo los rústicos terrones, revueltos por el arado del labrador; el ganado en las cuadras y establos de las granjas... Hasta las aguas de la acequia parecían menos rumorosas, menos alegres que de costumbre.

Por eso, en medio de las sombras y la tristeza que envolvían el paisaje, las únicas notas que recordaban el movimiento y la agitación de la vida salían de la mansión de los muertos, donde continuaban rasgando las tinieblas los centenares de luces, puestas allí por los deudos y amigos de los seres que descansaban encerrados entre las paredes de los nichos ó aprisionados por la madre tierra, que, apretando celosa por todos lados sus fríos cuerpos, los descoyuntaba y deshacía hasta convertirlos en fango y polvo.

Y los cuervos seguían revoloteando agitadamente, sorprendidos y acobardados por las linternas y faroles colgados en los brazos de las cruces, por los cirios clavados en el suelo, por las lámparas suspendidas en el marco saliente de los nichos.

Á veces, una ráfaga de aire frío y húmedo atravesaba el cementerio, pugnando por extinguir aquellos puntos luminosos... Entonces las llamas temblaban, se abatían un instante y volvían después á brillar con la fijeza de gusanos de luz. Pero, de tarde en cuando, se oía un leve



chisporroteo y se apagaba de súbito la llama de un cirio al contacto del suelo húmedo, ó se moría la de una lámpara, después de chupar la última gota de aceite.

* * *

En medio de la noche, resonaron solemnes tres campanadas, que, desde la torre de la vetusta iglesia del lugar, se esparcieron por el llano en ondas de armonía.

Entonces, en el ángulo más obscuro del campo santo, al pie de la vivienda del sepulturero, oyose un ruido sordo, un gemido profundo que recordaba el rechinar del hierro enmohecido. Al instante pareció que por aquel lado se

removiesen las sombras, al paso de un ser sobrehumano... Y el perro dejó de aullar, y los cuervos suspendieron su vuelo, y el buho abandonó su canto monótono.

Después, como hilacha desgajada de un velo negrísimo, surgió de las tinieblas un oscuro fantasma, una mancha incierta que empezó á deslizarse á lo largo de las tapias del huerto del enterrador, enclavado entre la casa y la fosa común.

Á medida que se acercaba á la fila de nichos, parecía cobrar forma humana. Sus brazos, extendidos adelante, palpaban el impalpable vacío, y á cada uno de sus pasos, las hojas secas que hollaban sus pies crugían tristemente. Los ondulantes movimientos de su cuerpo flexible, recordaban al mismo tiempo los de la serpiente y los del gato.

Cuando llegó al primero de los nichos, inclinóse hacia la lámpara que colgaba de su borde y, por un instante, quedó de lleno iluminado su rostro encendido, medio de demonio, medio de mujer, al cual servían de marco recios mechones de pelo que, á manera de siniestra aureola, se desparramaban en derredor de su frente.

Pero al momento apagóse la luz y el fantasma prosiguió su camino hasta llegar frente á otra, que se extinguió como la primera, después de iluminar por un segundo los carrillos hinchados y los brillantes ojos de aquel rostro siniestro.

Y avanzó aun más en su camino, y fueron apagándose una á una las linternas y lámparas colgadas en los marcos de aquella hilera de sepulturas.

Después dirigióse hacia el centro del campo, arrancando los cirios clavados en tierra y cogiendo los faroles suspendidos en las cruces, para dejarlos sin luz, esparcidos acá y allá sobre las fosas.

Y así, de un lado para otro, fué sembrando las sombras á su paso, hasta dejarlo todo en la más completa oscuridad.

Una inmensa quietud se había apoderado de la tierra y del cielo. Las siluetas de los cipreses y sauces habían desaparecido. Montes y campos, cerros y colinas, árboles

y nubes, permanecían sepultados en un mar inmenso de tinta. Parecía llegado el momento en que la muerte debía dominarlo todo como reina absoluta.

* * *

... Y en la torre de la vetusta iglesia del lugar resonaron las doce campanadas de la media noche, que, repetidas por los ecos, recorrieron los bosques, cruzaron los valles, se extendieron por la llanura, se estrellaron en las aristas de las rocas, se perdieron en lo más profundo de las hondonadas.

Encima de la tapia del campo santo, oyóse entonces un ligero rumor. Casi al mismo tiempo, el choque de un cuer-



po pesado al caer y el balbuceo de algunas palabras pronunciadas á media voz, denunciaron la presencia de un hombre.

— ¿Donde estás?

— Aquí... Ven...

Y el fantasma que acababa de deslizarse por la pared, y el que había aparecido poco antes por entre las sombras del lado del huerto, se acercaron uno á otro, confundiéndose á los breves momentos en estrecho abrazo.

Después resonó entre la obscuridad un murmullo de besos y suspiros, mientras empezaba á soplar una alegre brisa, á cuyo impulso se balanceaban los cipreses y sauces, y se alzaban en torbellino las hojas secas...

Parecía que un soplo vivificador estremeciese el aire, que removiese el suelo una fuerza potente é invisible, que se revoliesen protestando bajo sus sepulturas los fríos cadáveres...

Era la vida, la vida que, sin respeto ninguno para con los que fueron, invadía su mansión, palpitaba á su lado, turbaba el tranquilo sueño en que dormían, triunfaba de la muerte, por la cual sería vencida á su vez, obedeciendo á las inquebrantables leyes que, en las batallas del mundo, conceden siempre á la eterna segadora la victoria suprema.

* * *

Y se oyeron en la torre de la iglesia otras campanadas, á las que respondieron los gallos de los contornos, anunciando con sus cantos el día... el nuevo día, que fué llegando poco á poco, bañando el suelo con claridad casi imperceptible y devolviendo á los objetos su perdida forma.

De súbito, al pie de la vivienda del enterrador, volvió á turbar el silencio aquel gemido sordo que recordaba el rechinar del hierro enmohecido.

Al instante apareció, linterna en mano, el viejo sepulturero, dirigiendo sus pasos hacia una fosa que había en un rincón á medio abrir.

Y mientras resonaban en el suelo húmedo los primeros golpes de su pala, caía del otro lado de la pared el cuerpo pesado de un hombre y se deslizaba rozando la hilera de nichos la sombra de una mujer, que desapareció como engullida por las tapias del huerto...

J. MORATÓ

Ilustraciones de MAS Y FONDEVILA



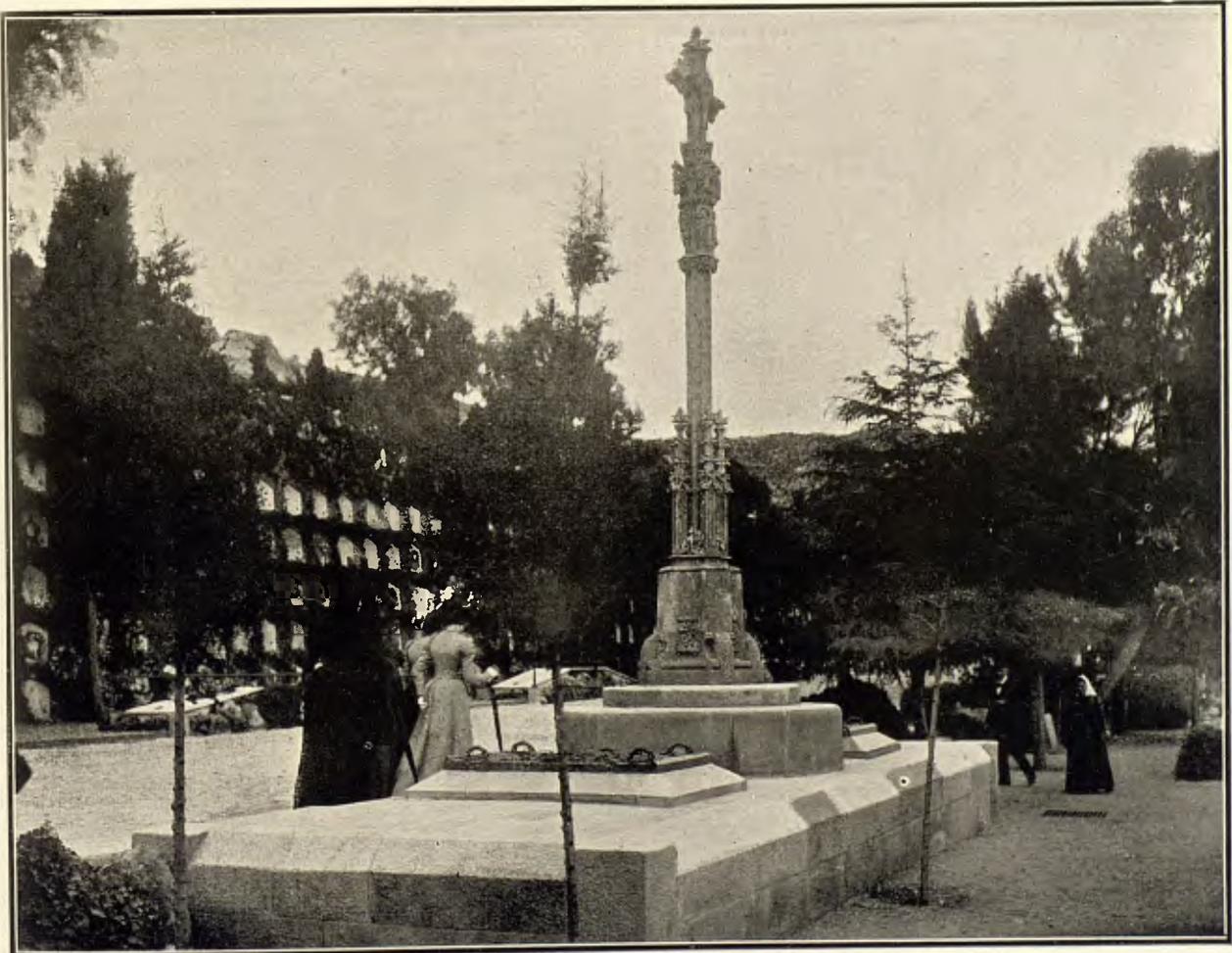
CEMENTERIO DEL SUDOESTE.— SEPULTURAS DE LA VÍA SAN JOSÉ



CEMENTERIO DEL SUDOESTE.— SEPULTURAS DE LAS VÍAS SAN JOSÉ Y SAN OLEGARIO



CEMENTERIO DEL SUDOESTE.— SEPULTURAS DE LAS VÍAS SAN FRANCISCO Y SAN JUAN



CEMENTERIO DEL SUDOESTE.— CENTRO DE LA VÍA SAN FRANCISCO



CEMENTERIO DEL SUDOESTE.— SEPULTURAS DE LAS VÍAS SAN OLEGARIO Y SAN JOSÉ



UNA CALLE DEL CEMENTERIO ANTIGUO



Industrias Artísticas
de Barcelona

FUNDICIÓN

Lápida sepulcral existente en el cementerio de Comillas, provincia de Santander, proyectada por el eminente arquitecto catalán D. Luís Doménech y Montaner, y ejecutada y fundida en bronce en los talleres de la casa Masriera y Campins, de Barcelona, en 1892.

La leyenda inserta en la orla de la lápida expresa lo siguiente:

Sepultura del primer
marqués de Comillas
Excmo. Sr. D. Antonio
López y de su familia





EL MORTUORIO

(CUADRO DE COSTUMBRES LEONESAS)

¡ Pobre Quico ! La vida se le acababa por momentos. Quince horas hacía ya, y eran las tres de la mañana, que no daba mayor cuenta de sí que el jergón del catre en que yacía. Al tiempo de ponerse á comer, dijo que no estaba bueno...., que se le iba la cabeza...., y no dijo más, porque cayó sin sentido. Malo era aquello á los ochenta y tantos años. Á escape, todo lo á escape que pudo correr la burra, salió Jeromo, el hijo del enfermo, en busca del médico, camino de Valdecuevas, cabeza del Ayuntamiento y distante legua y media de Villavides; pero el médico no estaba en casa: precisamente aquella misma mañana había tenido que marchar á la ciudad, con motivo de no sé que reunión y *pedrique*, relacionado con las próximas elecciones, siendo lo peor del caso que, según le dijeron, no volvería hasta el día siguiente. Por eso hubo de conformarse Jeromo con ir á ver al boticario, quien, después

que el veredero le explicó á su modo la dolencia del anciano, dióle un frasco que contenía un *jaropio* blancuzco, y con él, y caballero en la pollina, emprendió el retorno de su pueblo.

La noche á que nos referimos, Quico estaba en las últimas: al obscurecer le habían dado la Extrema-Unción. Sentado á la cabecera del moribundo, se hallaba el señor Cura y, rodeando el lecho de muerte, la mujer del enfermo, que tenía pocos menos años que él, sus dos hijos, su nuera Anica, casada con Jeromo, y algunos vecinos y vecinas que acompañaban á la familia en el trance doloroso.

El párroco examinó al enfermo, pareciéndole percibir en su respiración cierto ronquido de mal agüero, y con esto y con haberle palpado los pies y hacer otras pruebas que él muy bien sabía, dió por seguro que era aquella la última hora de Quico: por eso sacó un libro del bolso de la sotana, calóse los anteojos, y comenzó á decir los *Kyries*. Jeromo, al ver que el señor Cura rezaba por el libro, comprendió que la cosa iba de veras; miró al suelo, se rascó la hirsuta cabeza y, por fin, dirigiéndose á la anciana, que lloraba á moco tendido, la dijo:

— ¿Cuál de las dos, madre?

— La roja, — le respondió ésta, entre sollozos, — pero tú verás: ¡yo no estoy para nada! ¡Ay, Dios mío!

Después habló breves momentos con su hermano y con dos vecinos que allí se encontraban, y todos cuatro salieron silenciosos de la estancia, al tiempo que decía el sacerdote:

Proficiscere, anima christiana, de hoc mundo, in nomine Dei Patris omnipotentis, qui te creavit...

* * *

No; no había instante que perder. Jeromo entró en la cocina, encendió un candil y fué á reunirse con los otros que ya en la puerta del corral le aguardaban. Sin hablar palabra, cojió un azadón y púsose á cavar un hoyo debajo del cobertizo formado por la *tenada*, mientras que su hermano traía una gran caldera de cobre que metieron en el hoyo, cuando estuvo hecho, hasta dejar los bordes de ella al rás del piso. Terminada esta operación, se encaminaron al establo, en el cual dos vacas, roja la una y la otra negra, rumiaban tranquilamente sobre la paja y el estiércol, esperando la hora en que vinieran á *uñirlas* para ir á trabajar al campo.

— Esta, — dijo Jeromo, desatando á la primera, que pacientemente se dejó conducir al cobertizo.

— ¿Tienes cachete? — le preguntó uno.

— Con esto, — respondió aquel, volviendo á cojer el azadón — sujetarla por la cuerna.

Hiciéronlo así los otros, obligando al animal á humillar la cabeza, y Jeromo, después de santiguarse, levantó el azadón con entrambas manos y con el pico descargó sobre la vaca tan formidable golpe en la nuca, que cayó redonda al suelo. Enseguida desangraron á la res, recogiendo la sangre en la caldera; la desollaron, abrieron, limpiaron y colgaron del garfio que servía para análogo oficio en la matanza del *gocho*, y allí se quedó hasta por la mañana, que volverían para *estazarla*.

Aún no habían terminado esta faena, cuando el enfer-

mo entregaba su alma á Dios: *Tibi Domine, commendamus anima famuli tui...*, rezó el señor Cura, mientras que la viuda, bravamente secundada por su nuera y por algunas mujericas de la vecindad, hacía un llanto á su esposo que dejó memoria entre los buenos que se han hecho en Villavides; porque es lo que ella decía: «¡Señor!; en cincuenta y tres años de matrimonio, ya se iba *haciendo al su hombre*, que nunca la dió ni un triste disgusto, y que era más bueno que el pan blanco, y que... »

Dios nos libre del día de las alabanzas.

* * *

Con la aurora, que ya entraba por puertas y ventanas, comenzó para las personas de la familia un trajín inusitado. Primeramente, hubo que pensar en el difunto, y por eso, su viuda sacó del fondo de un arcón la mortaja que Quico compró con destino á sus restos mortales (costumbre muy frecuente entre aquellos campesinos), hacía más de treinta años, y la cual trataba de imitar, sin conseguirlo del todo, el hábito de S. Francisco; entregósele á los hijos y estos vistieron con ella el cadáver, que depositaron en el suelo y en el centro de la misma estancia en que había fallecido: y después de pensar en el muerto, comenzaron á acordarse de los vivos, como fácilmente comprendiera todo aquel que hubiese visto á Anica disponiéndose para hacer un abundante amasijo, en tanto que Úrsula, que era la más afamada guisandera de aquel término, comenzaba á preparar ollas y cazuelas, y Toñín, el hijo de Jeromo, salía montado en la burra, provisto de grandes alforjas, por el camino vecinal de Valdecuevas, con encargo de traer bacalao, sardinas, arenques, pimientos, cebollas, aceite y otra porción de comestibles. Más bien que prepararivos para un entierro, preliminares de una boda parecían.

La noticia del fallecimiento de Quico corrió muy pronto por todos los lugares comarcanos, y los parientes, amigos y deudos que en ellos tenía el difunto, se dispusieron, como es uso tradicional, á concurrir al entierro y exequias. Los primeros llegaron á la tardecica y uno de los más madrugadores fué el célebre tío Lancurdia, vecino de La Puebla, del cual era fama que olía *mortuorio* á veinte leguas, constando por referencias de muchos y veraces testigos, que jamás perdió la ocasión de llenar la andorga á costa de herederos, porque, en efecto, daba razón de cuantos *entierros con vaca* se habían celebrado en el contorno desde hacía cuarenta años. Aquella noche ya fué preciso dar de cenar á los que acudieron, y ¡por Dios! que Úrsula salió airosa del empeño, pues todavía viven algunos á quienes se les hace la boca agua, acordándose de la gentil chanfaina que aderezó la guisandera con la sangre, patas y asadura de la vaca, sazónándola con tal dosis de pimienta *picón* que levantaba ampolla, llamando á veces el vino.

La mañana del día en que se había de dar sepultura al pobre Quico, se anunció por un barullo indescriptible y por un ir y venir de la cocina á la despensa y de la despensa á la cocina, capaz de infundir espanto en el ánimo de otras que no hubiesen sido Úrsula y Anica, que en todo estaban y á todo proveían con prodigiosa solicitud: á mayor abundamiento, el número de forasteros engrosó



de tal suerte, que ni ellos cabían en las habitaciones de la casa, ni sus cabalgaduras en el corral, cuadra y establo.

A eso de las diez fueron el señor Cura y el sacristán á buscar el cadáver, que ya estaba colocado en unas angarillas, (propiedad del Concejo), para ser conducido á la última morada: la viuda lloró y gritó hasta desgañitarse; hicieronla coro las mujeres que allí se hallaban, resonaron los ferrados zapatonos de los tíos al patullar en el empedrado del portal, y el entierro se puso en marcha. Iba delante un anciano con la cruz; detrás, el párroco y el sacristán entonando los cánticos de ritual, que la campana desde la torre parecía repetir con sus tañidos tristes y pausados; en pos del cura, y llevado por cuatro vecinos de Villavides, el cadáver de Quico; al rededor de él, algunos rapaces, que alargaban la gaita para ver la cara del muerto, y cerrando, en fin, el cortejo, los hombres del pueblo y los forasteros, todos con capa, que es, como se sabe, prenda de rigor en tales ocasiones. Subieron la cuesta de la Iglesia y llegaron al camposanto, en el que, á uno y otro lado de la puerta, veíanse calaveras y huesos humanos empotrados en las tapias; se dirigieron á la fosa, abierta el día antes y en cuyo fondo, á causa de la humedad del terreno, había manado el agua hasta una tercia de altura, y rezadas las últimas preces, sacaron el cadáver de las angarillas, envolviéndole en una sábana y, valiéndose de unas cuerdas, le metieron en el hoyo: chapoteó el cuerpo al tocar el agua y en ella quedó casi sumergido; muchos de los asistentes cogieron puñados de aquella mojada tierra y, después de besarla, la echaron sobre el difunto... Nunca pudo decirse con más propiedad que el cuerpo volvía al barro de que había sido formado. El Cura salió del cementerio y detrás de él los demás de la comitiva.

Requiescat in pace.

* * *

— ¡Salud para encomendarle á Dios! — Tal era la frase, especie de santo y seña, que decían cuantos, de regreso del entierro, iban entrando en la sala donde estaba la viuda, acompañada de muchas mujeres de la aldea y de otras de los lugares circunvecinos, todas tocadas con las mantillas de paño burdo, con las cuales casi se tapaban la cara, cruzándolas sobre el pecho, como si tuviesen mucho frío.

— ¡Salud para encomendarle á Dios! — dijo también el párroco, que entró después. Solo el tío Lancurdia, que llegó el último, hubo de quebrantar la consigna.

— ¡Que allá nos espere muchos años! — murmuró, dando á sus palabras toda la compunción que pudo, que fué poca.

El sacerdote rezó un Padrenuestro, que contestaron los concurrentes, y se retiró, encargando á la familia conformidad y resignación cristiana,

Se acercaba la hora de la comida.

¡Vaya unos sofocos que había pasado Anica para dar de comer á tantísima gente! En el portal, por ser la pieza más amplia de la casa, preparó las mesas; platos y vasijas, tuvo que pedirlos prestados.

Lancurdia, de vez en cuando, dirigía impacientes miradas á la puerta de la sala, y en sus ojuelos gatunos brilló

un rayo de contento al ver entrar á Anica que, remangada hasta más arriba del codo y echando lumbre por aquella cara, dijo:

— Ya pueden venir.

Allá fueron todos, hasta la viuda, que aunque al principio manifestó vehementes deseos de quedarse, hubo de ceder á las instancias de las comadres. Como Dios les dió á entender, se acomodaron en sus puestos, si es que puede decirse que se acomodan de los que logran colocarse como sardinas en banasta; Úrsula repartió las *cuchares* de palo y comenzó el yantar. Tras de una sopa de pan, empedrada con sangre de la vaca y huesos duros, sirvióse, en un gran dornajo, el cocido, compuesto de garbanzos y titos, berzas y patatas, tal cual porción de tocino y abundantísima cantidad de carne. Guardaban al principio los comensales un profundo silencio, oyéndose tan solo el cuchareteo y feroz masticar de aquella turba, ó el hipo de algunos que se habían atragantado al engullir, ó la voz de otro que demandaba un jarro de los varios que en la mesa parecían, los cuales así que se vaciaban eran llenados de nuevo, y, para tal menester, veíanse en el suelo hasta tres pellejos de vino, que muy bien harían sus siete cántaras corridas cada uno.

— ¡Ay, Virgen de Villavides! — exclamaba la viuda.

— Vamos, madre, — la decía Jeromo, — coma usted otro bocadico.

— ¡Si no puedo; si tengo así como un ñudo en el gañote que no me deja tragar!

— ¡Como ha de ser! Estas cosas hay que tomarlas según vienen, — repuso el tío Lancurdia, embaulando un tasajo de media libra — Pues... lo que dijo el señor cura: resinación y... aguántase, ¡qué caray! p'allá tenemos de dir todos.

— Más tarde ó más temprano, — añadía otro.

— Y cuanto más tarde mejor, — agregó un tercero, después de echar un trago y limpiándose las boceras con los dorsos de la mano.

— ¡Eso, eso! — dijeron muchos á un tiempo.

— ¡Este es el mundo! — continuó aquel: — hoy está uno bueno y sano, con más salud que un buey, y mañana, si á mano viene, está apisonando tierra con el cogote.

Por este tenor, y ya más animada la conversación, siguieron aquellos honrados aldeanos departiendo acerca de lo engañoso y breve de la vida, no menos fugaz que el contenido del dornajo, el vino de los pellejos, y las hogazas de á ocho, que, como por arte de encantamiento, desaparecían, prolongándose la comida hasta bien entrada la tarde, (pues sabido es el calmoso comer de la gente campesina), y acabada la concienzuda refacción, retiráronse las mujeres á la sala y solos los hombres quedaron en el portal, fumando y bebiendo: ¡vaya usted á saber quién habría llevado á Villavides esta costumbre inglesa!

En lo que restaba de día, visitaron la casa todos los vecinos del pueblo, y como la habitación en donde estaba la viuda no era muy grande que digamos, tuvieron necesidad de invadir las demás de la vivienda; así es que aquello, á un verdadero enjambre semejaba: sin embargo, en la estancia mencionada transcurrían las horas tristes y silenciosas; llegaba el rumor de fuera, pero allí ninguno osaba abrir la boca, cual si al entrar se hubiesen dejado á la

puerta el uso de la palabra. Por eso el gran Lancurdia escogió esta pieza para echar la siesta, pues con la buena tajada y las frecuentes libaciones le entraron al hombre ganas de reposar; buscó un sitio, encontróle mejor que ningún otro, pegó la barba al pecho, y de un tirón y sin cambiar de postura, durmió hasta el toque de oraciones; abrió entonces los ojos, y como viese que el señor cura y los demás que allí estaban se disponían á rezar el Rosario, se escurrió bonitamente y se fué á la cocina, con objeto de preguntar á Úrsula si faltaba mucho tiempo para la cena: al oír que más de dos horas, suplicó á la guisandera que le diese algún alimento, empleando para ello tan poderosas y convincentes razones, que la buena mujer hubo de apartarle una muy regular ración de los callos de la res, pues con esto y obra de media libra de pan y la correspondiente *pitica* de vino, le bastaba por el pronto, según dijo, para matar el gusanillo.

Por la noche, repitióse el ágapa en el portal, pudiendo asegurarse que, entre las dos comidas, quedó la vaca reducida á menos de la mitad, y á la hora de dormir fué preciso resolver tantos problemas cuántos eran los que en la vivienda se alojaban: pequeña era la casa y no más de cuatro camas había en ella, pero tirando un jergón aquí, allá un colchón, acullá una manta, podrían arreglarse todos, y cuando no bastase el surtido doméstico, ya procuraría cada forastero arreglárselas como pudiese, apelando á las enjalmas de las caballeras para hacer la cama en un escaño, ó en un banco, ó en un rincón del pajar. Una noche se pasa de cualquier modo.

* * *

Tres días más duró el *mortuorio*, y aunque algunos regresaron á sus pueblos al siguiente del entierro, otros, los más, se quedaron para asistir al funeral y á las misas.

Jeromo comenzaba á cargarse de aquella pandilla de tragones que comían como lobos, tomando la casa lo mismo que país conquistado, y Anica y Úrsula se iban cansando también de atender á tantos huéspedes y de sufrir sus gollerías é impertinencias: uno pedía el aguardiente, otro el pienso para la burra, este, alegando que le hacían daño los pimientos en aceite que acostumbraban servirles para echar la *parva*, decía que le diesen huevos cocidos; aquel no comía los arenques, como no se los asasen entre dos cascos de cebolla atados con un hilo; el de más allá quería al vino caliente, y hasta hubo alguno á quien le faltó poco para insultar á la familia, porque el guisote de patatas no tenía la cantidad de tajadas que reclamaba su estómago de buitre.

Llegó por fin el día de la marcha: se había dicho la última misa y ya no era posible encontrar pretexto para permanecer en la casa, por lo cual fueron desfilando todos.

— ¡ Gracias por la compañía ! — decían la viuda y los hijos.

— Mandar cosa que se ofrezca.

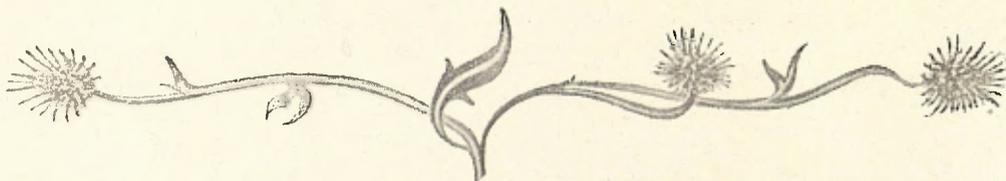
— Á lo mismo nos obligamos.

— Salud para encomendarle á Dios.

Triste, silencioso, cabizbajo, el tío Lancurdia, después de despedirse, se encaminó á la cuadra, desató su burro, que junto al pesebre meditaba, y púsole la albarda; dirigió una melancólica mirada al muladar, donde en macabro montón yacían los mondados huesos de la vaca, en los que un galgo iluso aun creía encontrar el rastro de la carne; lanzó un suspiro al acordarse de las ollas de Egipto, y subiendo sobre el jumento, tomó la vuelta de su aldea.

JULIO PUYOL

Ilustraciones de O. JUNYENT



PARIS Y LA EXPOSICION

IMPRESIONES Á VUELA PLUMA

Volví, hace dos noches, acompañado de un amigo, de casa de otro idem que tiene sus penates en las alturas de Montmartre — *le quartier sacré!* — cuando al pasar por delante de uno de los varios sitios de... recreo que abundan en el barrio, fuí testigo de una escena típica, aunque muy comunes, muy frecuentes en aquellos sitios eminentemente divertidos y propicios á la expansión.

Dos caballeros de aristocrático aspecto, cuya edad era rayana entre los treinta y cinco y los cuarenta, buenos mozos ambos, provistos de rubias, copiosas y bien peinadas barbas, con el rostro muy animoso, el sombrero de copa echado sobre la nuca, el gesto exuberante y el andar... incierto, salían de una de las tabernas más artísticas y más tumultuosas que han contribuído á dar á Montmartre la

reputación universal de que desde algunos años goza. Dos jóvenes y elegantísimas pecadoras, muy guapas por cierto y luciendo gigantescos sombreros llenos de plumas, flores, pájaros y frutas, acompañaban á los dos *gentlemen*, asida cada una, amorosamente, del brazo de cada uno y entonando á grito pelado uno de esos estribillos de café-concert, que durante dos ó tres meses están en boga, que medio París repite y que luego quedan olvidados y reemplazados por una nueva copla.

Al encontrarse en la calle las dos parejas, dibujaron un alegre paso de cancan; y luego, soltando estrepitosas carcajadas, subieronse á un coche que les esperaba y desaparecieron.

— ¿ Sabéis quiénes son esos dos señores ? — me dijo el

amigo que me acompañaba, reporter celoso y perspicaz, al corriente de todo cuanto ocurre en París á cada 24 horas.

— ¡Pché!... dos tipos que se divierten... extranjeros probablemente.

— Sí: extranjeros y altezas auténticas por añadidura.

— ¿Altezas?

— Ya lo creo... El más gordo es el Gran Duque X..., el otro, el Príncipe de *** Han venido de incógnito á visitar la Exposición y aprovechan el tiempo visitando con preferencia lo que no se encuentra en la Exposición.

Á decir verdad, no me sorprendió poco ni mucho lo que me decía mi amigo. Desde que asomó el otoño, París está lleno de grandes personajes, de Altezas Serenísimas—que no están siempre serenas—y que habiendo dejado en sus respectivas y habituales residencias, sus títulos, grandezas, gerarquías y tratamientos, han

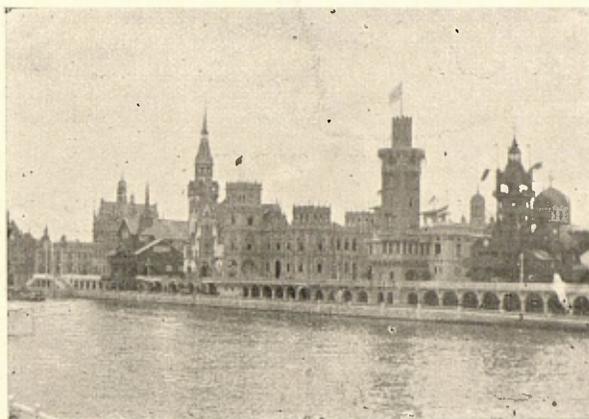
venido á Lutecia con el solo y exclusivo propósito de echar una cana al aire, y de gozar alegremente de los placeres parisenses, ni más ni menos que si fueran simples mortales. ¡Al diablo la etiqueta y el protocolo!... dicen *in petto* esos egregios varones. Llegan sin previo aviso ni aparato, se inscriben en los registros de los hoteles bajo nombres supuestos y... ¡já vivir!... Ninguno de ellos se hace presentar en el Liceo, para echar ceremoniosos párrafos con el bueno de Monsieur Loubet, ni deja su tarjeta en casa del Presidente del Consejo de Ministros, ni toma parte en oficiales almuerzos, ni recorre las secciones de la Exposición acompañado por altos funcionarios de la República. Nada de eso: ellos vienen para divertirse y no para otra cosa; para frecuentar *le monde où l'on s'amuse* y no *le monde où l'on s'ennuie*. Son príncipes filósofos, epicúreos y muy satisfechos de encontrarse en medio de un régimen republicano democrático, que les permite hacer el calaverilla, sin que nadie se mezcle con ellos.

No se diga, pues, que las cortes extranjeras y que los representantes de las monarquías europeas ven con malos ojos á la República francesa. ¡Qué han de ver!... De fijo que han venido á esta Exposición más hijos y sobrinos y primos de Reyes y de Emperadores, que no vinieron en 1868, cuando la famosa Exposición del segundo Imperio: lo que es que han venido de incógnito.

Circunstancia que, á decir verdad, trae muy afligidos y quejosos á no pocos representantes del régimen actual, que consideran el aludido *incógnito* como una falta de deferencia y de cortesía para con las instituciones y los jefes republicanos. Meses atrás abrigábase la honda convicción de que el Gran Certamen daría pie á varios monarcas para hacer una visita oficial al jefe del estado francés. Recuerdo muy bien haber oído decir á uno de los más conspicuos varones de la situación.

— La Exposición que se inaugura recibirá los homenajes de distintos soberanos. Es una lástima que la gue-

rra del Transvaal impida venir á la Reina de Inglaterra y que motivos de delicadeza no permiten emprender al Emperador Guillermo un viaje que tanto desea. Pero tenemos la seguridad de ver al Rey Humberto, al Rey de Dinamarca, y otros varios monarcas. Cuanto á Su Majestad el Czar, ya comprendéis que no puede faltar por ningún concepto y que su presencia será como quien dice la consagración de esta esplendorosa fiesta de la civilización y del trabajo.



Helas!... El autócrata de todas las Rusias se ha llamado andana y todos los demás soberanos han seguido su ejemplo, excepción hecha del Rey Oscar de Suecia y del idem Leopoldo de Bélgica, que son dos buenos señores, sin pretensión. ¡Ah! también vino el Chah, que es un oriental muy decorativo, y un par ó dos de reyes negros, bastante feos, sea dicho con todo el respeto debido á la realeza exótica.

No hace muchos días me enseñaron uno todavía que andaba hecho un mamarracho por esas calles. Cref, en un principio, que era un chimpanzé, disfrazado y domesticado: luego supe que era todo un representante del derecho divino africano.

Dentro de poco, ni eso siquiera quedará para dar cierta augustez á una Exposición que entra ya en su periodo de descomposición. Los primeros fríos otoñales se dejan ya sentir, especialmente por las noches y el clima parisien ejerce su influencia nostálgica en todos esos hijos de lejanos países que vinieron á poblar las secciones exóticas. Argelinos, tunecinos, conchinchinos, tonkineses, anamitas, cambodjianos, indostánicos, etc., etc., se sienten ya hastiados de *Ville-Lumière* y desean ardientemente volver á sus lares, huir de las brumas del Sena, pisar de nuevo el suelo pátrio, respirar el ambiente ardoroso de las regiones asiáticas y africanas, impregnado de luz, de calor y de poesía. — Estoy cansado de París... — decíame há poco un Congolés, venido con su tribu — París es triste...

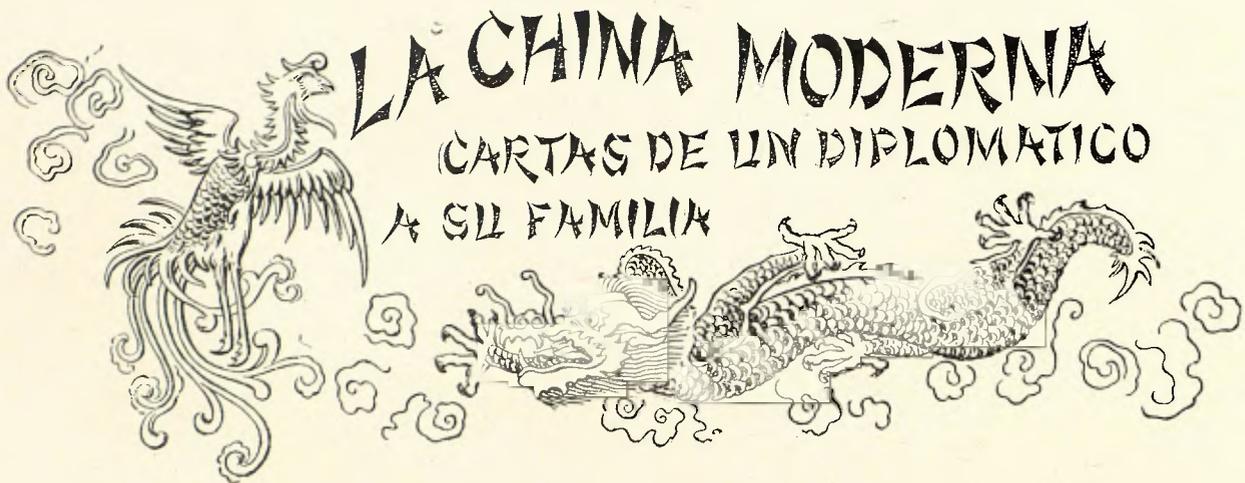
Sí... París ha de ser triste, al cabo de algún tiempo, una vez satisfechas las primeras impresiones de curiosidad, para esos hijos de ese oriente siempre esplendoroso... Muchos de ellos han empezado ya á desfilar y los que se quedan no se cuidan de ocultar su mal humor y el deseo que tienen de perder cuanto antes de vista las puertas de la gran feria. Y no es que esta deje de ofrecer cada día nuevas atracciones y agradables sorpresas. Hace dos horas escasas he recibido una tarjeta de convite para asistir á un Concurso de coles, espinacas y otras legumbres que no podrá menos de brindar emociones verdaderamente estéticas y saturadas de profundísimo interés.

Eso sin contar con la procesión de las Vendimias y con la de los Medios de transporte, en que fundan sus organizadores y el público en general inmensas esperanzas.

ALFONSO DE MAR

LA CHINA MODERNA

CARTAS DE UN DIPLOMATICO A SU FAMILIA



CARTA TERCERA

Vida del europeo en Pekín.— En la legación de Alemania.— Li-houng-chang.— Un chino orgulloso y mal criado.— Problema culinario.— Un menú extravagante.— El monóculo.— Un mandarín militar.— Cementerio chino.— Invitación macabra.— El himno á Confucio.— Añoranza.

Pekín, Julio 8 de 1898

A LADY HARRISSON, EN LONDRES

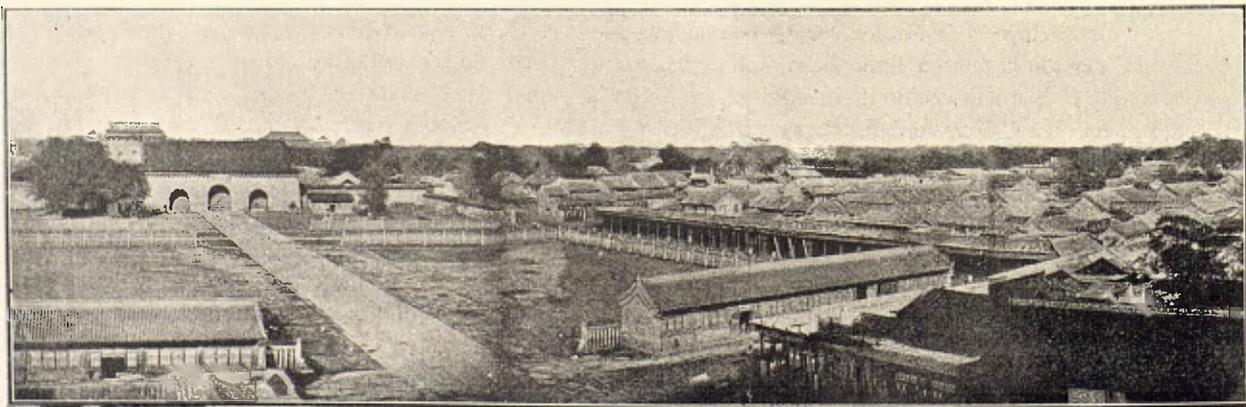
Mi cara, mi inolvidable Olga: Desde el veinte de Junio, en que te envié mi última carta, pocas cosas han ocurrido, al menos á la gente del barrio europeo, que valgan la pena de contarse. Nuestra vida en Pekín es una balsa de aceite. Alguna excursión por el río, para ver de cerca las viviendas flotantes, donde pasan la vida, como aves acuáticas, multitud de familias chinas; algún paseo á caballo por las afueras de la ciudad, y alguna cacería muy de tarde en tarde, hé aquí toda la distracción que puede uno proporcionarse en Pekín. Fuera de esto, no hay más remedio que ir todas las tardes, de cinco á siete, á nuestro modestísimo club, en el cual, como no excluimos á las señoras, hay á las veces animación y alegría. Se hace música, se juega al tresillo, se hojean las revistas ilustradas, y se habla, y se cambian impresiones casi siempre tristes. Desde el inglés hasta el italiano y desde el alemán hasta el belga, no tenemos más que una voz para maldecir nuestra suerte y desear que llegue cuanto antes el momento de la partida.

Sin embargo, hace pocas noches, por rara excepción, pasamos algunas horas muy divertidas. Para celebrar, según antigua costumbre, el cumpleaños del Emperador Guillermo, nos reunimos casi todos los europeos y americanos y no pocos personajes chinos, en los salones de la Legación alemana, donde hubo banquete, recepción y un poco de baile. El magnífico hotel, construido expresamente para la embajada, con comodidad y con lujo, sin poder, claro está, compararse con ningún edificio de nues-

tra plaza de Trafalgar, ofrecía un aspecto deslumbrador. El ministro y su bella esposa, acompañados de los secretarios, nos hicieron amablemente los honores. Á más de nuestra nación, estaban en la fiesta, representadas por sus enviados extraordinarios y ministros plenipotenciarios ó residentes, Austria-Hungría, Francia, Italia, Rusia, Bélgica, España, los Países Bajos y los Estados Unidos de América. El ministro del Japón, mi buen amigo Yano Furnio, lucía un rico traje de seda, que llamaba—y con justicia—la atención de todas las señoras. También la llamaba, aunque por otro concepto, el frac prehistórico del ministro de Portugal, gobernador al mismo tiempo de Macao y que vino de allí expresamente para ostentar entre nosotros tan artística indumentaria.

Dos personas llamaban principalmente la atención, á más del japonés y del lusitano: entre las señoras, la marquesa de Salvago Raggi, esposa del ministro plenipotenciario de Italia y modelo (donde tú no estés) de elegancia y belleza; entre el sexo feo, el respetable chino Li-houng-chang, habilísimo diplomático y miembro, el más temible para nosotros, del Tsong-li-yamen. Bajo su gorra de seda, que no se ha quitado nunca, ni aún en Moscou, al oír el himno imperial en las fiestas de la coronación de Nicolás II, á que asistió, oculta una cabeza de primer orden y llena de gramática parda, con la cual está consiguiendo desde hace muchos años sostener su preponderancia en el Imperio y engordar, de paso, su bolsa, que es de las más repletas de Pekín. Aunque me parece exagerada la cifra, hay quien le calcula una fortuna personal de quinientos millones de táels.

Á pesar de su orgullo, mayor que el de un gran chambelán de los nuestros, — y no aludo á tu respetable tío el



Panorama de Pekín

conde d' Ancaster — este Li-houng-chang es hijo de un infeliz letrado, que á duras penas pudo educar á sus cinco vástagos. Inteligente y activo, hizo su carrera con éxito, ingresando en la Academia de Haulin — figúrate si será viejo — allá por el año de 1848, cuando ni tu ni yo pensábamos aún en nacer. Y desde entonces su vida no ha podido ser más aprovechada. Baste decirte que ha firmado casi todos los tratados que se han hecho, durante los últimos veinticinco años, entre la China y las potencias de Europa y América.

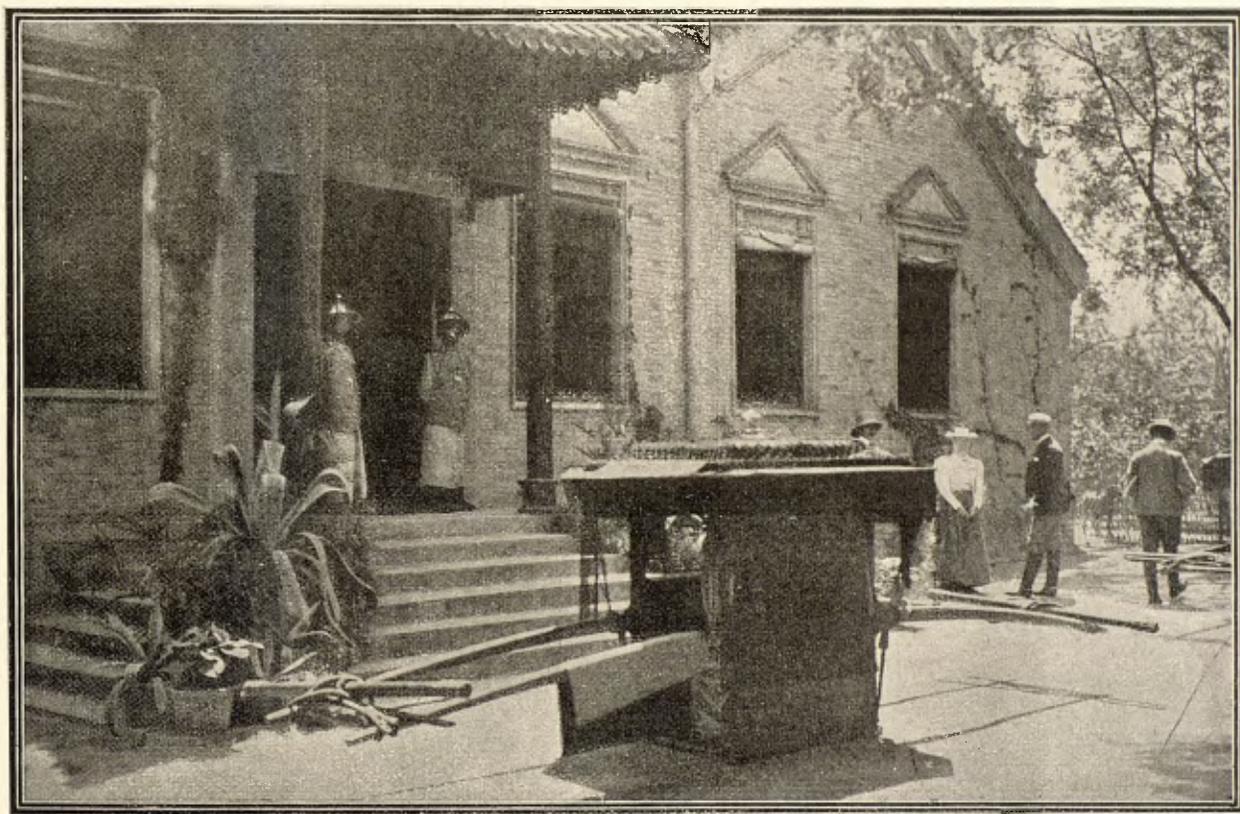
Amigo íntimo de Tsou-Hsi, la emperatriz regente, nada se ha podido hacer contra él, á pesar de haberse creado numerosos enemigos; en 1895, hace tres años, se le degradó, se le quitaron todos sus títulos, incluso su condecoración de la «pluma del pavo real» y su «túnica amarilla». Pocas semanas después se le encargaba de negociar la paz con el Japón, y al año siguiente fué designado para representar á la China en las fiestas de la coronación del Czar Nicolás II.

Entonces recorrió casi toda Europa, y las barrabasadas que á la sazón hizo en distintas cortes, con su mala crian-

del buen Li-houng-chang?... Ni en las novelas de Dickens se encuentra un personaje más tragi-cómico...

Antes de invitarle á su mesa, mi digno colega, el representante del *Kaiser*, estuvo pensando más que Hegel, su compatriota, al escribir la *Fenomenología del Espíritu*. Recordando lo que ocurrió en la famosa comida de Bruselas, se presentaba al diplomático un gran problema culinario. ¿Se servirían á Li-houng-chang manjares chinos, confeccionados expresamente para él, para él solo? ¿Se le haría tragar, por el contrario, una tortilla á la francesa ó una chuleta de ternera casi cruda y chorreando sangre?... Después de muchas perplejidades, el ministro se decidió por lo primero. Y como en estas legaciones, casi toda la gente de escalera abajo es del país, no faltó un cocinero chino que se encargase del *menú* de Li-houng-chang; y aunque los demás no hemos comido — ¡librenos Dios! — de esos platos, hemos tenido que *verlos* y *olerlos*, y esto, en un inglés, es lo bastante para perder el apetito, para sentir nauseas y para entrar en ganas de echar á correr y no parar hasta el puente de Westminster.

Á nuestro chino se le puso, en vez de plato, una escu-



Edificio de la Embajada alemana

za, que contrasta con la cortesía habitual de los chinos, tú las has leído, como yo, en el *Times* y en otros diarios europeos. Entre otras cosas, recuerdo ahora que en un teatro de Moscou, en la ópera — creo que ya te lo dije — cuando los grandes dignatarios del Imperio y los embajadores llegados de todo el mundo, escuchaban en pie, respetuosamente, el «Boje Tzara Krani» (himno nacional é imperial) este orgulloso chino permaneció tranquilamente arrellanado en su asiento. Y poco después, en la corte de Bélgica, invitado á comer por Leopoldo II, después de *exigir* la cocina china, porque — tiene gracia — le *repugnaba* la europea, no bien hubo terminado el banquete, encendió su pipa con gran escándalo de los comensales y empezó á soltar grandes bocanadas de humo. Y en otra ocasión, en París,...; pero ¿á qué seguir contándote las... (*)

(*) Dejamos sin traducir el vocablo usado por Mr. Harrisson, por no encontrarlo en ningún diccionario. N. DEL T.

dilla de porcelana, y junto á ésta, los célebres palillos ó *fachí* que hacen el oficio del cubierto. Y el hombre abrió la marcha con los dulces y las frutas. Siguieron después las aletas de tiburón, las chuletas azucaradas, los pescados ahumados y las pechugas de codorniz. Vinieron enseguida los nidos de pájaro, que son el *bocado de cardenal* de la gente rica del país. Este refinamiento culinario, que aquí se paga á peso de oro, son verdaderos nidos de un pajarillo que se encuentra en Java. Formados de tallos y hierbecillas, se los limpia de plumones y otras adherencias, y, deshechos por la cocción, quedan reducidos á una substancia gelatinosa, con la que mezclan almendras de varias frutas. Su nombre es *ning-vo*. Colocándose la escudilla debajo de la barba, á guisa de bacía de barbero, nuestro chino *devoró*, muy complacido, el *ning-vo*, rociándolo con una especie de vino que se extrae del arroz, y que se bebe, perfumado con una esencia, en una microscópica taza.



Li-houng-chang (Diplomático chino)

Hacía un calor sofocante — 28° sobre cero, medidos en el termómetro centígrado — y el banquete no tenía trazas de concluir. La marquesa de Salvago y otras damas de la colonia europea, sin fuerzas para continuar presenciado el atracón que se daba el chino, levantáronse de la mesa, fingiéndose indispuestas. ¡Quién hubiera podido hacer otro tanto!... Los caballeros permanecimos en nuestro asiento, y ya iba á descorcharse el *Champagne*, cuando Li-houng-chang, mirándome fijamente, soltó una carcajada estrepitosa. Todos los comensales se volvieron hacia mí. Yo, medio amoscado, iba á pedir explicaciones sobre el motivo de aquella extraña é inoportuna hilaridad, cuando mi amigo el señor Cologán, ministro de España, me hizo notar que el mal educado chino se refa de mi monóculo y preguntaba si soy tuerto. Dijele que no, y entonces quiso ver y examinar de cerca el aparato óptico que le causaba tanta risa; se lo envié con un criado, y aún estoy esperando que me lo devuelva. Quizá se lo habrá comido, porque quien come aletas de tiburón y

nidos de pájaros, es capaz de comer cualquier cosa.

Al fin terminó el banquete, no sin beber antes una copa de Champagne á la salud de Guillermo II. Y mientras allá en el salón, la hermosa marquesa de Salvago, ya repuesta de su indisposición, tocaba al piano un *nocturno* de Chopin, yo, en compañía de Liao-shou-feng, mandarín militar, me salí á la terraza á echar un cigarro y á tomar el fresco. La noche era espléndida. Desde la terraza se dominaba una gran extensión de terreno, iluminado por los rayos de la luna. El mandarín se quedó un buen rato pensativo, mirando hacia el horizonte; y como yo le preguntase cual era el objeto de su curiosidad, me señaló á lo lejos un campo, que semejaba una salina en explotación y donde se veía un gran número de pequeñas pirámides de tierra. Era un cementerio, el eterno espectáculo de la China, porque este país es una vasta necrópolis. Y se comprende, porque los chinos, cuando están enfermos de gravedad, hallándose fuera de su patria, se hacen trasladar á ella para que los entierren aquí; y si no pueden venir vivos, después de muertos se les trae embalsamados. Y hasta existen compañías de vapores que hacen este servicio entre San Francisco de California y los puertos de China.

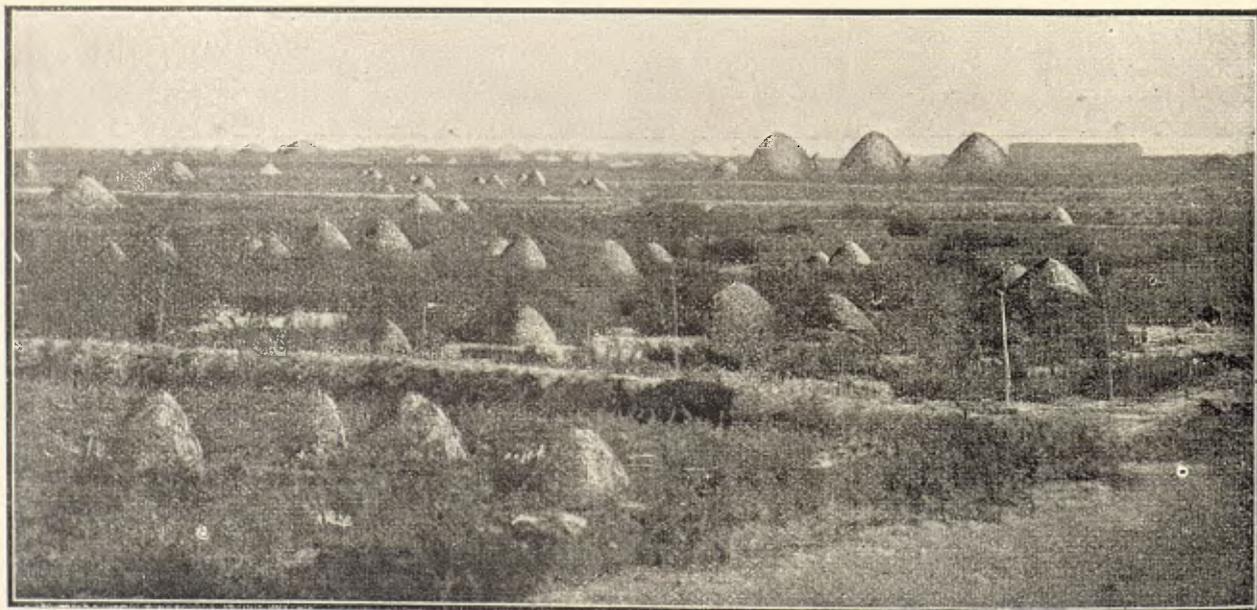
Compadéceme, Olga: mi amigo Liao-shou-feng, con aire grave, con acento funeral y sombrío, se puso á hablarme de la muerte. Aseguróme que él está preparado siempre para recibirla y que, á este efecto, tiene en su casa, bien guardadito, su ataúd. Esto no me extrañó, ni mucho menos, porque sé que es costumbre de aquí: mas lo que yo ciertamente no me esperaba, era que me invitase con exquisita urbanidad y como haciéndome un gran favor, á ir á su casa á ver al féretro, que, según dice, es el más lujoso que hay en Pekin. Y ¿qué había de hacer? Acepté, para dentro de un par de días, la original invitación.

Y estando en esto ¡qué feliz ocurrencia tuvo, allá en el salón, la marquesa de Salvago! ¿Qué creerás que ejecutó en el armonium? ¡El himno á Confucio! Escucharlo mi chino, y dejarme solo, para irse al salón, fué simultáneo. Excuso decirte que no le seguí. Me quedé en la terraza contemplando la luna y recordando con tristeza aquellas noches de Londres, en que, navegando contigo, la veíamos rielar sobre el Támesis...

Pero, antes que entristecerte, prefiero decirte adios. ¡Hasta pronto! Te envía sus afectos tu esposo y amigo

JOHN HARRISSON

Traducción del inglés por A.



Cementerio en las afueras de Pekin



En la Junta General celebrada por esta Sociedad el día 30 del pasado Noviembre se dió lectura de la siguiente comunicación:

« En cumplimiento de lo expuesto en su atenta comunicación referente á los azulejos de cartón piedra remitidos por la casa Miralles, de Barcelona, he procedido á su examen.

» Consiste este producto en unas placas compuestas de tres clases de cartones heterogéneos, íntimamente unidos entre sí por medio de una fuerte presión hidráulica, á fin de evitar el alabeo, que pudiera producirse por efecto de las temperaturas elevadas. Están barnizados en el frente, dorso y cantos, lo cual los hace relativamente impermeables.

» Son ligeros, íntrompibles y de fácil colocación. Ésta se obtiene, según se detalla en el álbum-catálogo correspondiente y cuyo sistema ha comprobado el que suscribe, por un ligero enlistonado de madera y una serie de clavos de reducidas dimensiones; debiendo barnizarse después el conjunto con una capa de barniz bueno.

» Las condiciones artísticas de estos azulejos como elemento de ornato son excelentes, puesto que tratan de sustituir, dentro de los límites propios de su naturaleza, á las verdaderas cerámicas esmaltadas.

» No es posible sostener hoy, como en otros tiempos, que la ornamentación cerámica sea genuinamente española.

» En efecto, sin remontarse á las placas esmaltadas del interior de la pirámide de Saq-quarala ó al magnífico friso de los arqueros del palacio de Darío, pieza maestra del Salón persa del Museo del Louvre; dando de lado por su vaguedad las fabricaciones del Cairo en el siglo XI que cita el viajero Nassiri-Khosran, las persas del XII mencionadas por Ya-Kont, y las indicaciones del monje Theófilo sobre las artes cerámicas de Occidente en la misma época, vemos que los mahometanos dominan esta fabricación en todos los países donde ponen su planta ó su arte, persa en Rodas, árabe en Sicilia, mauritano en España; y que ya en las centurias décima quinta y sexta ilustran la Italia las manufacturas de Faenza, Caffagiolo, Florencia y Urbino, con los Xantos y los Fontanas; y la Francia los de Viron y Saintes, con Cherpantier y Palissy.

» Pero si la ornamentación de esta rama de las artes del fuego puede considerarse como general, no es menos cierto que en España adquiere importancia grandísima con la enseñanza mahometana. Ya en 1350 se cita por el geógrafo árabe Zbu-Batutall la ciudad de Málaga como centro de enorme fabricación y exportación, y bien apreciados de los arqueólogos modernos son los alicatados granadinos y sevillanos, el célebre vaso de la Alhambra, las cerámicas con reflejos metálicos de Valencia y Mallorca y, ya en pleno siglo de Carlos V, las fábricas de Puente del Arzobispo, de influencias asiáticas, así como las de Triana, en las que el italiano Nicolo marcó el gusto del Renacimiento de su país; continuando la tradición ceramista española en Talavera y Alcora, más castiza aquella que ésta, que se dejó influir por los artistas que el Conde de Aranda hizo venir de Monstiers.

» Es, por tanto, digno de los mayores plácemes todo esfuerzo hecho por la industria española para resucitar tan bello sistema de ornamentación. Pero, siendo la verdadera cerámica producto de gran coste, es de alabar la casa de Miralles, que, partiendo del principio de la exigida baratura del producto industrial que domina la época presente, ha ideado un elemento de ornato de hermoso efecto, gran duración (siempre que se emplee en lugares propios, ó sea en interiores) y acertados modelos.

» La colección de éstos comprende imitaciones escogidas de los alicatados granadinos, de los azulejos mudéjares en ellos inspirados, de los revestimientos persas, de las placas medioevales coloridas y con reflejos metálicos, y de las cerámicas ornamentales del Renacimiento, sin olvidar algunos dibujos modernos y la asimilación de reconocidos y apreciados modelos de la casa Minton.

» Por todas estas consideraciones, esta Sección Artística estima que el producto llamado "Azulejos cartón piedra" de la casa Miralles, de Barcelona, reúne excelentes condiciones de aplicación y es altamente recomendable.

» Lo que tengo el honor de poner en conocimiento de V. E., cuya vida guarde Dios muchos años.— Madrid 29 Noviembre de 1893.—*El Presidente de la Sección Artística*, EDUARDO de ADARO.—*Ilustre Excmo. Sr. Presidente de la Sociedad Central de Arquitectos.*»

Lo que, en cumplimiento del acuerdo tomado, tengo la satisfacción de comunicarle para su conocimiento y fines consiguientes y para que pueda utilizar el informe cuando lo estime necesario.

Madrid 10 de Diciembre de 1898

El Secretario General,
(Rubricado)

Luis M.^a Cabello y Lapiedra, *Arquitecto*

AZULEJOS

CARTON PIEDRA

Patente de invención en España y el extranjero

Nuevo elemento para la decoración de arriales, frisos, artesones, muebles & c.

Pídase
el
Catálogo

No se rompen, son ligeros, impermeables, y baratos.



Hermenegildo Miralles
39 Bailén. Barcelona

El Escudo 93